
Oficio de escribir

Manolito

Víctor Manuel Gracia Rodríguez

Alumno del IES «Ramón Carande» de Sevilla

No hace demasiado tiempo que hubo, en el pequeñísimo barrio de Madre de Dios, un niño que veía las cosas distintas. Nadie sabía de donde venía cada mañana ni adonde marchaba cada anochecer. Tampoco sabían cual era su nombre aunque todos lo llamaban Manolito.

Solía sentarse en un banco carmín de una plazuela púrpura y dar de comer a gorrioncillos de vivos colores. Allí pasaba, solo, largas horas sin hablar, observando todo lo que ocurría a su alrededor.

Su cara siempre tenía la expresión que tiene la de un bebé dormido aunque de vez en cuando, y sin ningún motivo aparente, empezaba a sonreír. Este hecho tenía perplejo a todo el barrio y por ello se convirtió en el principal tema de discusión en las conversaciones de vecinos, donde cada uno exponía su particular hipótesis.

—Manolito se ríe porque recuerda un chiste— decía don Pedro «el carnicero».

—No, lo que sucede es que el niño se equivoca al rezar mentalmente el credo y eso le hace mucha gracia— afirmaba don José «el párroco».

Pero estas y otras muchas teorías eran desechadas cuando Juanillo «el jubilado» manifestaba la suya.

—El chaval se ríe porque es tonto.

Como el anciano era experto en psicología, pues había sido taxista durante cuarenta años, todos callaban y aceptaban la explicación.

* * *

El tiempo transcurría y Manolito crecía como los espárragos después de un chaparrón. Continuaba pasando su tiempo en aquella plazuela, alimentando a sus gorriones y sonriéndose de vez en cuando.

* * *

Un día, casi a la hora de almorzar, cuando más anaranjado estaba el cielo, se le acercó un niño de cabellos blancos como el carbón que, algo asustado, comenzó a hablar con él.

—¿Por qué estas siempre aquí sentado Manolito?— preguntó casi balbuceando.

—Aquí solamente estoy un ratito, el suficiente para saludar a mis gorrioncillos, dar los buenos días a esas rosas de jade y dejarme acariciar por el sol. El resto del tiempo no estoy porque me marcho de excursión a la pradera de las violetas doradas, a esquiar en las oscuras nieves del Mulhacén...

Otras veces me voy a ver los sentimientos que hay en los corazones de las personas y que son como bolas de muchos colores.

—¿Y cuándo vuelves?

—Cuando veo a doña Paquita charlando con la señora María, cuando oigo a tu mamá reñirte porque te acercas demasiado a mí...

Manolito nunca había hablado antes y por eso cuando los vecinos lo vieron conversando con el niño, extrañados, se acercaron a él.

—Muchacho, ¿por qué jamás habías pronunciado palabra alguna?— preguntó don Pedro, el carnicero.

—Hasta hoy nadie había venido aquí, se había sentado en mi banco y había intentado tratar conmigo. Siempre os quedabais lejos, mirándome con el rabillo del ojo y cuchicheando sobre mí.

Desde aquel día todos quisieron hablar con él porque, a base de observar, viajar y ver los sentimientos de las personas, se había hecho muy sabio.

Su fama fue extendiéndose y gentes de todo el mundo comenzaron a visitar aquella plazuela de Madre de Dios para ver solucionadas sus dudas. Unos le consultaban si su equipo favorito ganaría la liga, otros cuánto tiempo debía estar en el horno el pastel de fram-buesa...

Manolito, a pesar de su gran saber, no conocía la respuesta de muchas de las preguntas que le formulaban y por eso eran bastantes los que, defraudados, abandonaban el lugar diciendo que el muchacho ni era sabio ni nada. Sin embargo, algunas personas, cuyas cuestiones parecían más complejas, eran hermosamente contestadas.

—¿Cuánto pesa un sueño?

—Depende. El sueño del ambicioso, del malvado y del podrido de espíritu pesa menos que la mota de polvo más pequeña de la Tierra. El sueño del limpio de corazón pesa más que el universo entero.

—¿Qué es ser pobre?

—Es no ser capaz de alargar los brazos y agarrar fuertemente la felicidad con las manos.